

# BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

**E**L ministro español de Justicia no tiene hijos. El cardenal Tarancón tampoco. Tal vez por eso se aprecien en el fondo y comprendan ese poema inédito que alguien está escribiendo.

*No tengáis hijos,  
dejad que las tortugas recuperen la  
tierra  
y ni siquiera memoricen  
la sopa de tortuga  
o la victoria sobre Aquiles,  
manipulada por los filósofos.*

El cardenal Tarancón cita refranes populares y el ministro de Justicia a Saint John Perse, poeta y diplomático de la UCD francesa de entreguerras, sector nada socialdemócrata, más bien diría del sector prepetainesco que en la UCD vela armas y mantiene comandos de información censadores de barbas y barberos.

**-Monseñor.**

Dijo Fernández Ordóñez, ministro de Justicia, durante un breve encuentro bajo estucados y al borde del abismo de escotes Balenciaga con escalera de incendios.

**-Monseñor.**

Insistió Fernández Ordóñez. Tarancón le dio un abrazo soviético y nuestro fotógrafo, que estaba allí, les remató en la doble dimensión.

**-¿No será usted el fotógrafo de «Sal y Pimienta»?**

Preguntó un sindicalista polaco.

**-No.**

**-Maldición.**

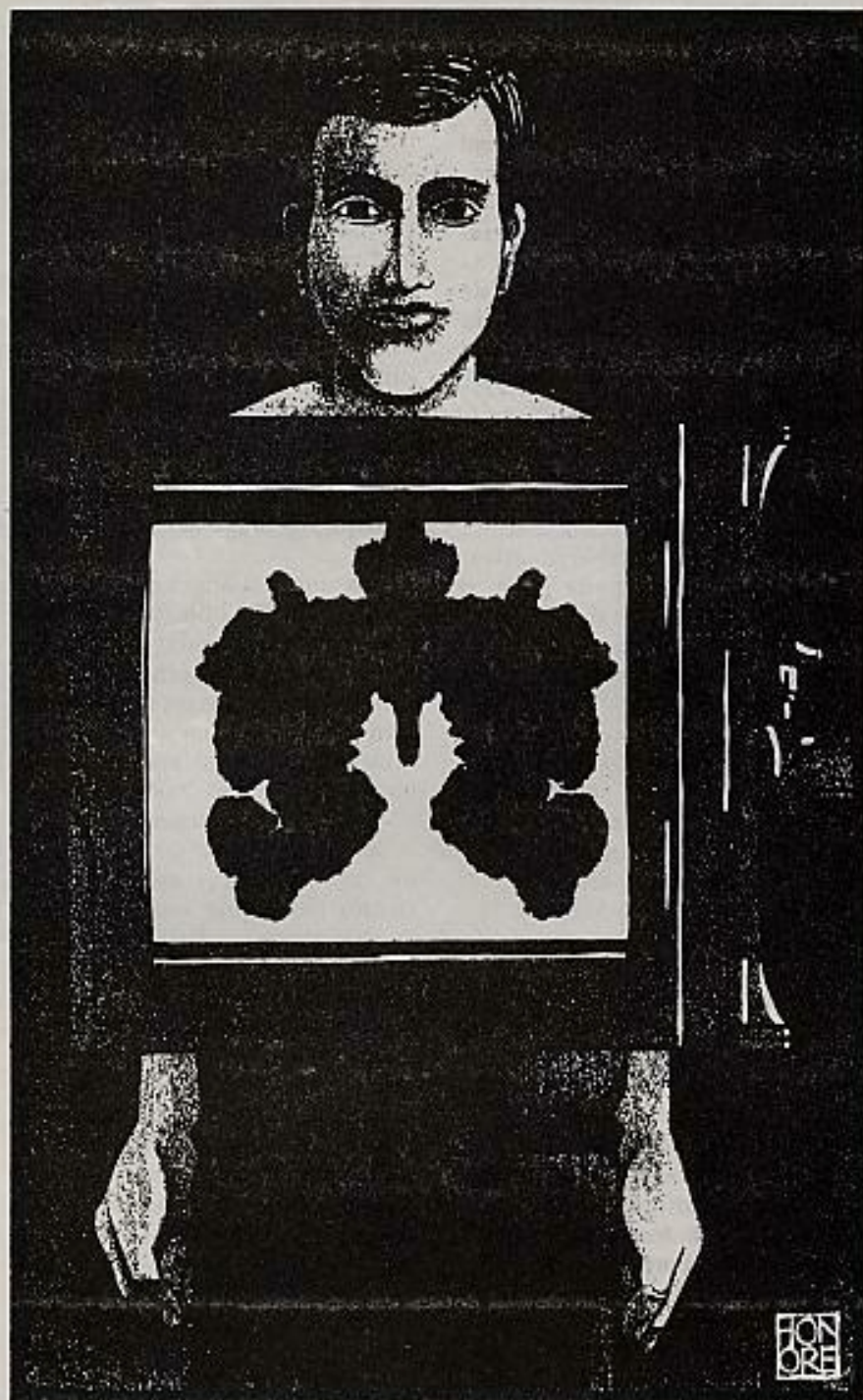
Comentó el sindicalista polaco y se fue a confesar porque había cometido pecado de soberbia, de ira y de adulterio, si no con el corazón sí con el bazo. Fernández Ordóñez paseaba a Tarancón bajo el palio de su abrazo civil y el cardenal le recordaba aquellos tiempos en que contra Roma estábamos mejor. Luego, ya en el jardín, lúdicamente, se propusieron jugarse los límites de la ley del

divorcio a los chinos, pero como ganó Fernández Ordóñez, quedó claro que el juego juego era y la ley ley. La fiesta estaba muy animada. El chambelán aumentó la temperatura de la caldera de la espectación al anunciar la llegada de Alejandro Rojas Marcos, acom-

pañado de tres sultanes de Persia. Se posó majestuosamente la alfombra mágica de Crevillente y Sir Alejandro se disculpó por su disfraz impropio de húsar de Alejandra, para pasar a denunciar a los partidos centralistas por la falta de chilabas padecida por el







mercado nacional. Besó Alejandro la mano del cardenal y las mejillas del ministro. Se hincó de rodillas como los santos de la Leyenda Aurea, pero fue para orar en dirección a La Meca.

Ya es hora de que salga la encantadora e inevitable Gladys, sobrina de la anfitriona, una Zsa Zsa Gabor madrileña especializada en dar de cenar a Emilio Romero y a uno de los 500.000 Garrigues Walker que en el mundo han sido. Gladys sirvió el excelente Oporto a la hora del champán y el champán a la hora del excelente Oporto. Daba igual porque era

una muchacha encantadora, con los senos de caucho y un culo terminal para piernas largas que más que andar dibujaban pasos. Se le conocía alguna historia con Miguel Bosé, totalmente desconocida por Miguel Bosé, y si Gladys ejerce cierto protagonismo fue porque dijo: ¡Qué hombre!, en cuanto vio a Fernández Ordóñez abrazado a Tarancón. ¿Qué le sucedía al ministro? Tal vez esas enarcadas, tristes cejas de cantaor de flamenco o de capador de codornices. Quizá una calva perfecta en sí misma, rigurosamente peinada y amueblada sobre las orejas por un peine

de marfil cotidianamente lavado y relavado con Colgate. O ese estar y no estar, ser y no ser mientras se estaba y se era, cualidad del yo de carne que jamás se ha podido plantear el yo metafísico y que debe al lenguaje.

*-Preséntamelo.*

Pidió Gladys mimosamente a Alfonso Guerra, sorprendido en el trance de estrangular a Abril Martorell tras las cortinas de terciopelo morado, que en opinión de Pitita Lain Entralgo era una absoluta cursilada. Alfonso Guerra se limpió con las cortinas las manos embabadas e hizo las presentaciones con la brutalidad que le caracteriza.

*-Aquí una mujer neumática, aquí un socialdemócrata por la vía del 143.*

*-Adelante los del 43.*

Dijo Gladys, que era sorda como todas las miopes y miope como todas las sordas. Fernández Ordóñez le dijo inmediatamente:

*-El divorcio está al caer.*

*-Yo no he oído nada.*

Dijo Tarancón, divertido pero pálido. Ya Gladys había cogido las dos manos del ministro y le miraba a los ojos

*-¿Será capaz de hacer eso por mí?*

*-¿Está usted casada?*

*-No. Soy soltera. Pero...*

Como el ministro adivinó una frágil vacilación en el inflexivo gallear de la joven, insistió

*-Diga, diga.*

Tarancón carraspeó y se apartó refunfullando para sí: *A esto conduce el divorcio.* Es hora que digamos que el cardenal tenía un día más escéptico que de costumbre, la socarronería dióptrica a media asta, porque se temía lo peor en el Sínodo de los obispos y lamentaba profundamente que Polonia hubiera aportado algo más que pianistas a la Historia de la Humanidad. No porque el cardenal fuera partidario del divorcio y mucho menos del aborto, sino porque era partidario de las vivencias y los hechos consumados, llamáranse como se llamaran, vinieran de donde vinieran.

*-¿Ya sabes árabe, muchacho?*

*-No, pero Alá me entiende. No olvide monseñor que estuvo mucho tiempo en España.*

*Rojas Marcos había terminado sus abluciones y paseaba gallean-*



## BESTIARIO

te mirando a derecha e izquierda por si veía al Guerra para decirle tres cosas bien dichas. En cuanto le vio le dijo: ¿Cómo estás Alfonso? A lo que el grosero «amigo del chico» contestó con que que te den morcilla, perfectamente escuchado por los 500 agentes de la KGB de Malasaña.

—¿Problemas?

Preguntaron al unísono los 500 agentes de la KGB y los 500 de la CIA, pero como conocían las buenas relaciones entre Rojas Marcos y El Gadafi y Alfonso Guerra y Wyllly Brandt, consideraron que no era asunto suyo.

—Me voy a China para orientarme un poco.

Decía Carrillo en su rincón, en el instante en que salía a la calle un disco de Blas de Otero, recitado por sí mismo, por Ana Belén y por Fernando Rey, disco culeado más que prologado por el catedrático Alarcos Llorach, culeado por la posición teórica del texto y por el afán preconciliar de desadjetivar al heroicamente rojo Blas de Otero, rojo, rojazo, rojizo, rojísimo, rojado, rojo común, comúnmente rojo, comunistamente rojo comunista.

—Los chinos no son tan chinos como nos lo ha contado la propaganda soviética.

Trataba de convencer Carrillo a Pitita Marías (¿O era Pitita Lain Entralgo?).

—Eso se lo dirá usted a todas.

—Sobre todo se lo digo a todos.

—Es usted un atrevido.

—Esta señora es mi señora.

Intervino alguien que no era ni Julián Marías ni Lain Entralgo.

—¿Esta usted seguro?

Preguntó la mujer, dispuesta a colaborar. Pero Carrillo no quería ser víctima de una provocación y siguió leyendo el ejemplar de «Mundo Obrero» que llevaba en el bolsillo de la chaqueta habitualmente destinado al pañuelo de seda.

—¿Los comunistas tienen una filosofía del mundo y de los otros?

Interrogaba Gladys a Fernández Ordóñez en el jardín, paseantes el administrador y la administrada bajo la luna más llena que habían podido encontrar los anfitriones.

—Eso me temo.

—¿Hostias!

Dijo la joven e hizo un mohín de disgusto. Fernández la consoló.

—El tiempo lo cura todo. Como dice Leszek Kolakowski en su «Tratado sobre la mortalidad de la razón»: La personalidad es una realidad no intelectual, pre-predicativa, y la comunicación de contenidos verbales no puede ser considerada como una relación personal, interhumana.

—¿Otro polaco?

—Eso me temo.

—Usted teme mucho.

—Sí, pero pasarán por encima de mi cadáver.

Y el ministro miraba obsesivamente hacia el horizonte goyesco adivinado en el recortable de sombras y penumbras lunares.

—Me gustan los hombres con proyecto histórico.

—¿Es usted orteguiana?

—Mi padre lo era. Lo mataron en la guerra civil.

—¿Los rojos? ¿Los nacionales?

—No, en la guerra civil de Nicaragua. Yo soy de Nicaragua.

—¿Y ese acento catalán?

—Es que soy de la parte de la frontera con Guatemala.

Rojas Marcos bisbiseaba junto a la oreja de Carrillo que se hiciera musulmán y lo añadiera a las otras aportaciones al pensamiento socialista.

—Aparta, Satanás.

Dijo Carrillo amablemente, y Tarancón se santiguó complacido.

—Creo que ha tenido usted problemas en Catalunya.

Preguntó amablemente el cardenal.

—¿Quién no tiene problemas hoy día, eminencia reverendísima?

—Estos jóvenes. El mundo es de ellos.

Señaló el cardenal a Gladys y Fernández Ordóñez que seguían pascantes por el jardín. Pero a medio camino, sus miradas se detuvieron en el grupo formado en torno a Alejandro Rojas Marcos, subastante de su alfombra mágica.

—Como alfombra es una birria, pero como mágica está muy bien.

Opinaba Pitita Lain o Pitita Marías.

—Se pone en los 160 en tres segundos, es Diesel, está libre de impuestos porque se la compré de segunda mano a una de las esposas repudiadas por el Sha.

—¿Es de Crevillente!

Denunció Alfonso Guerra mientras agitaba un poderoso dossier que acababa de pasarle Ernest Lluch.

—¿No te jode? ¡Iba yo a vender una alfombra persa por 30 duros!

Los camareros asistían inmutables a cuanto allí ocurría, sin más oficio ni beneficio que acarrear canapés de caviar hacia el rincón donde los fontaneros de la Moncloa lo escuchaban todo por teléfono.

—Acaban de dar la autonomía a Belchite por la vía del 124 descapotable!

Comunicó el ángel de la guarda de Carrillo. No hubo apenas reacción porque no podía decirse que la noticia fuera insólita. Pero tres generales se creyeron en la obligación de desenvainar y envainar el sable en un triple acto mecánico que a nadie pasó inadvertido.

—¿Los poderes fácticos!

Se fueron diciendo los unos a los otros mientras asentían conscientes de lo que decían y de lo que no decían. El rumor llegó al jardín y Fernández Ordóñez protegió a Gladys con su cuerpo.

—Ha sido una falsa alarma.

Le dijeron a Fernández Ordóñez por el transmisor que llevaba camuflado como aguja de la corbata. La orquestina empezó a tocar *El Continental* para relajar el ambiente y al contagio del ritmo, Gladys y el ministro se sintieron Fred Astaire y Ginger Rogers, un Fred Astaire triste y con las cejas cargadas de versos ajenos, una Ginger Rogers sudada y sexuada con caderas de rumba.

—Eso es de La alegre divorciada.

Exclamó Tarancón nostálgico.

—Es de mi quinta y de la suya, don Santiago.

Depositó Tarancón diez duros en la gorra de chulito nichesco que le tendía Tamames.

—La voluntad para la repoblación forestal de Madrid.

—No te lo gastes en rojeces, chico. Usted perdona, don Santiago, pero cada uno defiende lo suyo.

El mes de octubre tiene los cuernos helados por los primeros fríos serranos auténticos y las damas convierten los chales en una tercera piel cuando salen al jardín para contemplar la actuación del



payaso invisible. Se ríe cada cual de su payaso imaginario y los aplausos crean la discreta solidaridad del público. Un padre iraní lleva en sus brazos el cuerpo sin vida de sus cien mil hijos. Un padre vasco lleva en sus brazos el cuerpo sin vida de sus cien mil hijos. Envejece la noche, derrama arrugas sobre los rostros, cera lunar sobre los hombros, filos de navajas contra los ojos parpadeantes pese al colirio de fingidos encantamientos. Acaso una embajada ¿no es una isla? A la deriva la isla octubrina, mientras la orquesta interpreta un homenaje póstumo y cansado a André Kostelanez.

*-La declaración del Sínodo de los Obispos parece redactada por Marcelino Oreja.*

Le dice a Tarancón un joven hasta ahora desconocido que no pudo casarse con ninguna nieta de

Franco porque se habían acabado.

*-Es usted un radical.*

*-En efecto. Voy a fundar el partido radical y dirigiré la fracción hípica.*

*-El anticlericalismo volverá a desarrollarse, don Santiago. Con lo bien que lo teníamos con tanto cristiano para el socialismo y tanto socialista para el cristianismo. La vida es dolor, como decía el Kempis.*

Fernández Ordóñez ha dado por terminado su aparte con Gladys, sin aceptar ni dar el número de teléfono.

*-Cuando hice la reforma fiscal tuve que pedir un crédito para poder pagar mis propios impuestos.*

Se justifica. Gladys cierra los ojos asintiendo. Es toda ella la estatua de la mismísima comprensión. Vuelven al salón donde hay un pequeño revuelo porque al fin se ha descubierto que Pitita no era Lain ni Marías, sino Pitita Ri-

druejo. Tarancón y Fernández Ordóñez abandonan la fiesta del brazo.

*-¿Cómo termina aquel poema sobre los hijos que alguien está escribiendo?*

Alza Fernández Ordóñez la visera de la memoria y recita contra las alturas blanquinosas de la noche alunada:

*A lo sumo  
extingámonos sin dolor  
reservando la tierra para penúltimas  
parejas*

*la última que se suicide  
para evitar el palique de las serpientes.*

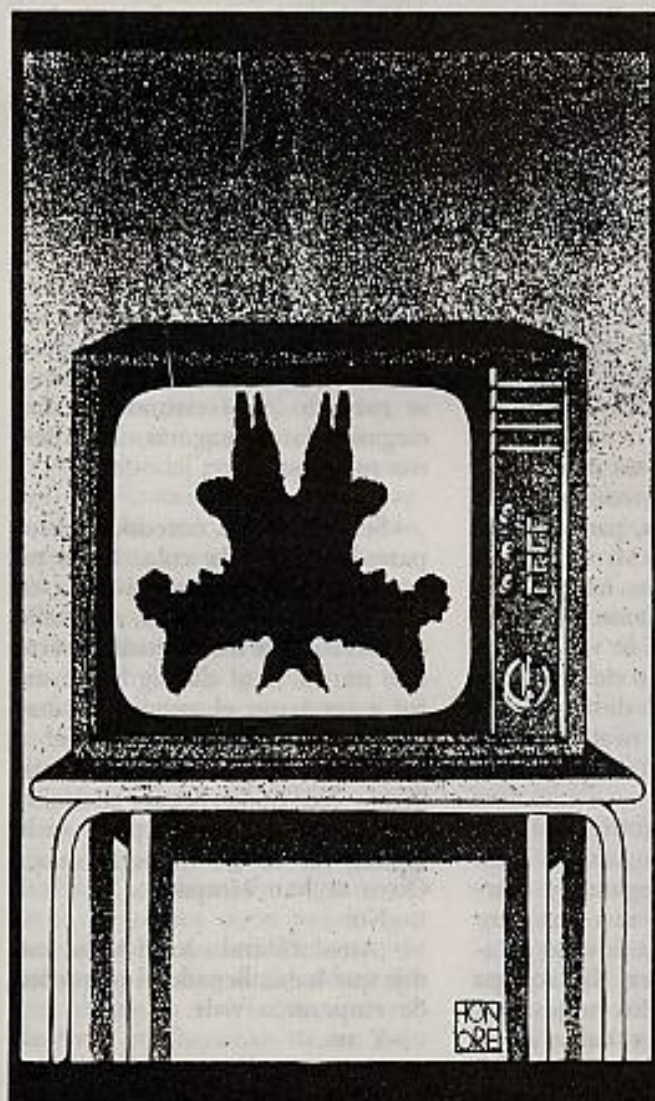
*-Imposible.*

Fue el único comentario de Tarancón.

*-¿Por qué?*

*-El Papa está contra el suicidio..*

■ M.V.M.



Noviembre 1980



triunfo 17